

dicho sé qué disparates, atribuyéndote no sé qué inclinaciones reprobables.

CAT.—No, madre, no.

SAL.—Que acusarían en tí una perturbación dolorosa de tu buen sentido...

CAT.—No, madre, no. Te mintieron.

SAL.—En tí fío. No hay más que un camino para ser feliz; y ya que estás colocada en una cumbre, no descendas. Los de arriba te despreciarán: los de abajo no lo han de agradecer. No lo olvides hija mía.

CAT.—No lo olvido, madre. Fía en mí.

(Mutis doña Salomé por la izquierda.)

ESCENA XIII

CATALINA y BONIFACIO por la derecha

CAT.—(Que marchaba hacia la derecha) ¿A quién buscas?

BON.—Buscar, no busco: pero si encontrara a la Filomena, me iría de rechupete.

CAT.—¿La quieres?

BON.—Un repoco, sí, señora. Con esa carita de pavo soso que Dios la ha dado, y que hace falta ser tan melón como Dios me ha hecho pa-

ra enamorarse de ella... pues... enamorado hasta las cachas.

CAT.—Si me aceptáis por madrina...

BON.—Ole.

CAT.—Yo lo seré de vuestro matrimonio.

BON.—Y del primer niño.

CAT.—Ocúpate primero del matrimonio.

BON.—Todo irá al mismo tiempo, doña Catalina. Los pobres no hacemos repuchos a la familia.

CAT.—No me lo expliques, que tú dices las cosas muy a la pata la llana.

BON.—¿Y a las señoritas les gusta a ustedes más que se lo digan con revueltas?

CAT.—(Sonriendo) ¡Cállate, Bonifacio!...

BON.—Pues si usted da en favorecernos, aún tengo una cavilación muy resalada para en cuanto me suelte el sí la Filomena.

CAT.—¿No te dijo que sí todavía?

BON.—Pues si me lo hubiera dicho, estábamos ya en lo del bautizo.

CAT.—No corras.

BON.—Verá usted el cavilado lo que es. Pedirle a doña Salomé la administración de sus haciendas de ustedes en Cuba.

CAT.—¿Querría ir Filomena?

BON.—Ya le he explicado yo que es una Isla, y que el clima es muy perezoso; así, que en dando una mano al arreglo de la casa, el resto del día, para no sofocarse, lo va a pasar tumbada en una hamaca.

CAT.—¿Y si se rompe?

BON.—Puede muy bien con dos... para cuanto más con uno.

CAT.—Consúltalo. Tiene mucho miedo a embarcarse.

BON.—Yendo conmigo, ¿qué le va a suceder?

CAT.—Ya sabes la desgracia que la ocurrió... y desde entonces tiene un poco la aprensión de que ir sobre el mar, estando su madre allá en el fondo...

BON.—¡Pues mire usted que bajo tierra no hay gente... y vamos por la tierra tan contentos! Cavilaciones, doña Catalina, cavilaciones.

CAT.—Algunas de más...

BON.—Y yo espero decidirla. ¡Ahora está el aire muy decidido!... Usted, con el señor Conde, pues mañana me largo a Madrid, para entregarle una carta de esas de «contésteme usted en seguida.»

CAT.—¿Mía?...

BON.—Doña Salomé lo ha dispuesto.

Y ya sabe usted... ¡cartuchera en el cañón!

CAT.—Será suya...

BON.—Será. Doña Isabelita, que está con la boca abierta por si echa el anzuelo don Eduardo.

CAT.—No le quiere.

BON.—Que sí.

CAT.—Que no: a mí no me lo ocultaba.

BON.—Pues eso lo averiguo yo a escape.

CAT.—Cuidado...

BON.—Y como cuando sopla este vientecillo de los quereres, sopla para todos, se ha debido llevar un puñado de hojas del almanaque que tienen los gatos.

CAT.—¿Qué dices?

BON.—El de casa está en Enero y es una de maullidos, que si yo fuera gata ya le había dado dos arañazos por escandaloso.

CAT.—Bonifacio...

BON.—Y el señorito Cañamón también anda en eso.

CAT.—¿A maullidos también?

BON.—Sí señora; hace versos. A mi me ha colocado unos que me han gustado una barbaridad, sobre todo un pedazo, que se comprendía muy bien. Verá usted... «¡A la lunar!...»

CAT.—¿Cañamón en amores?

BON.—Claro. El que hace versos y el que toma medicinas, está visto que es por algún padecer. Verá usted.

ESCENA XIV

DICHOS. EDUARDO y CAÑAMÓN por el foro derecha

CAÑ.—Pase usted.

CAT.—Hola, Eduardo.

EDUAR.—(*Saludándola.*) Mi padre tiene citados unos señores en la Notaría para las once. Si han de consultarle a él mismo, vendrá antes de la una.

CAÑ.—¿Quiere usted que llame a doña Salomé?

CAT.—Sí. Escucha... ¡Me dicen que haces versos a la lunar!

CAÑ.—¿Se ha quejado ella?

CAT.—Aún no... ¿Tan hermosa te parece?

CAÑ.—No me inspira por hermosa, si no por alta, por lejana...

CAT.—Mal hecho.

CAÑ.—No. Vivir, cada uno vive como puede; soñar, cada uno sueña como quiere.

CAT.—¿Y lo tuyo es algún imposible?

CAÑ.—Usted lo ha dicho.

BON.—(*Que estaba recordando los versos, se acerca ufano.*) Dice:

«Mi fortuna no es fortuna,
mi vida...»

CAT.—¿Qué es su vida?

CAÑ.—«Mi fortuna no es fortuna,
mi vida, de otra es la huella,
que no me da vida alguna,
como la luz de la luna
que alumbra, y no es luz de ella...»

CAT.—(*A, Cañamón.*) Poesía, Cañamón...

CAÑ.—Bien poco es: poesía...

(*Sonríe, se encoge de hombros,
y mutis por la izquierda.*)

BON.—(*Abrazándole.*) ¿Y lo del río? A ver si usted me lo aprende para cantárselo a la Filomena, que a las mujeres le saben muy bien las cosas cantadas y con la miaja de sonsonete.

(*Mutis con Cañamón.*)

ESCENA XV

CATALINA y EDUARDO

EDUAR.—Anda melancólico este muchacho...

CAT.—Será para inspirarse. Los poetas lloran muchas veces, para que los versos le salgan más sentidos.

EDUAR.—La inspiración es muy dañina...

CAT.—¿Le jugó a usted alguna mala pasada?

EDUAR.—No, porque eché la llave a todas las fantasías, y hasta que logre tener una posición independiente, para mí como si no existieran diversiones, ni placeres, ni cariños...

CAT.—El termómetro de usted marca bajo cero.

EDUAR.—No sé: no lo miro. Pero hay dos maneras de amar: una, haciendo sonetos y quintillas; otra, trabajando. Las dos tienen el mismo final; ofrecerle a una mujer los versos o las rentas; lo que uno ha hecho... y yo tengo muchas esperanzas en mi procedimiento, que el amor, desde que supo lo que es el amor, oye las rimas pero coge las rentas.

CAT.—Es usted muy prosaico.

EDUAR.—¿Yo?... ¿Muy prosaico?... Decirle a una mujer: ven y haz mi felicidad, lo dice cualquiera y en cualquier momento. No necesita ni voz... con abrir los brazos, ya lo entiende ella.

CAT.—Si mira.

EDUAR.—Miran, miran. Pero yo voy a decirle: he luchado por tí; hoy puedo brindarte bienestar y comodidades, ahora puedo hacer tu felicidad, la tuya, ¿me quieres ahora?

CAT.—Eso es amor... y paciencia.

EDUAR.—Ofrezco dos cosas: los demás, una sola. Debo ganar yo.

CAT.—Se expone usted a que entretanto desaparezca o se marche.

EDUAR.—¿Que se marcha? Vaya en paz. Queriendo alejarse, aún no conozco a nadie que se haya detenido por una súplica.—Y este mismo pensar lo tiene alguien que la estima a usted profundamente, y que es muy leal, muy digno y muy caballero.

CAT.—¡Caramba, qué elogio! En fin veamos qué piensa Pascual Olmedo.

EDUAR.—¿Me autoriza usted para decirle que usted le ha reconocido con las señas que dí?...

32842

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

U. A. N. L.

CAT.—¿Por qué no?

EDUAR.—Será llevarle una alegría.

CAT.—Llévela. Pero al repetirle mis palabras, cuide usted bien de no permitir que las interprete mal. Lo creo caballeroso y leal, y digno de amistad; pero no creo nada más. En absoluto, nada más.

EDUAR.—Antes dije que había dos maneras de amar: me equivoqué. Hay muchas.

CAT.—¿Muchas?

EDUAR.—Una de ellas, negando.

CAT.—Se engaña usted.

EDUAR.—No.

CAT.—Sí.

EDUAR.—No...

CAT.—Sí...

EDUAR.—No, porque yo hablo de él.

CAT.—¡Ah!...

EDUAR.—Solamente hablando de él podría tener una seguridad tan completa en lo que digo.

ESCENA XVI

DICHOS. ISABEL por la derecha.

ISAB.—Eduardo... ¿Y tu padre?

EDUAR.—Bien.

ISAB.—¿Y tu tío?

EDUAR.—Bien.

ISAB.—¿Y tu tía?

EDUAR.—Bien.

ISAB.—Y...

CAT.—Todos bien. No te fatigues en buscar más parentela.

EDUAR.—Aunque de lejos, ya he tenido la satisfacción de verlas a ustedes esta mañana.

ISAB.—¿Sí?... ¿Dónde?...

EDUAR.—Al salir de Santa Mónica.

ISAB.—¿Estuviste?

EDUAR.—¿Ustedes no nos vieron?

ISAB.—(Preguntando a Catalina.)—¿No?...

CAT.—No.

EDUAR.—Tienen ustedes razón, porque ahora que lo reflexiono mejor, tampoco estuve yo.

ISAB.—Embustero... ¿no ibas con Pascual?

EDUAR.—¿En qué quedamos?

ISAB.—A él, le he visto... pero a tí, no.

EDUAR.—¿Y usted, Catalina?

CAT.—Yo le he visto a usted... pero a Pascual, no.

EDUAR.—Ya es difícil yendo los dos juntos...

ISAB.—¡Es que no nos fijamos!...

EDUAR.—Ni vale la pena. Fuí a buscarle...

ISAB.—¿A misa?

CAT.—Es muy devoto de Santa Mónica.

EDUAR.—No; de Santa Catalina. En la misma iglesia, el altar de la izquierda... Para rogarle que admita el banquete con que celebraremos su designación de alcalde.

ISAB.—¿Alcalde?

EDUAR.—Será lo que se le antoje. Y si se mete en política de lleno y se va a Madrid, con la palabra maravillosa que tiene, ministro, presidente... Pascual Olmedo es el Melquiades de Matavillas.

CAT.—¿Republicano?

EDUAR.—No. Y si me guarda usted el secreto, le diré que el de Madrid tampoco lo es, aunque se lo cree.

CAT.—Milagro que ha pronunciado usted el nombre de su amigo sin añadirle nuevas alabanzas.

EDUAR.—Ya las oirá usted de otros labios. O mucho me equivoco, o Pascual será la gloria del pueblo.

ISAB.—Buena falta nos hace alguna... Porque de Matavilla nadie se acuerda.

CAT.—Según usted, es un hombre perfecto.

EDUAR.—Perfecto, no; está enamorado.

ISAB.—¿De quién?

CAT.—(Rápida.)—¿Qué nos importa?

EDUAR.—Te lo diré.

CAT.—¡Eduardo!

EDUAR.—Hay muchas maneras de amar: hay muchas maneras de decir los nombres. Una callándolos.

CAT.—Sobra con esa.

EDUAR.—Ya está usted obedecida.

ISAB.—Me quedo sin saberlo.—(Burlona.)

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA SALOMÉ por la izquierda.

SAL.—He mandado aviso a su padre de usted.

EDUAR.—Vengo yo a ponerme a sus órdenes.

SAL.—Pues dígame que me facilite una nota de los documentos necesarios para nombrar un administrador de mis fincas en Cuba y quitar al que tengo.

EDUAR.—¿No está usted satisfecho del actual?

SAL.—Sí; pero lo está él más que yo... y eso no me conviene.

EDUAR.—Ahora mismo la traeré.

ISAB.—Eduardo...

EDUAR.—(*Deteniéndose.*)—¿Qué?

ISAB.—Adiós.

EDUAR.—Adiós.

(*Mutis por el foro.*)

ESCENA XVIII

DICHAS, MENOS EDUARDO.

SAL.—Es muy servicial este chico.

CAT.—(*Mirando a Isabel.*)—Mucho.

SAL.—Y muy respetuoso.

CAT.—Alguna preferiría que no lo fuese tanto.

ISAB.—(*Como un gallo de pelea.*)—¿Quién?

CAT.—No te sofoques, mujer. Ya sabes que ahora nos da por ocultar los nombres...

ISAB.—Puede que sea mejor.

ESCENA XIX

DICHOS y AQUILINITO por el foro

AQUILIN.—¿Permiten ustedes?

SAL.—Adelante, Aquilinito.

CAT.—¿Qué tal por Madrid?

AQUILIN.—Esta vez nos detuvimos más de lo que se proyectaba: el propósito era volver in-

mediatamente, pero encontramos un amigo íntimo de papá y nos obligó a quedar.

SAL.—Creo que ese amiguito tiene bastante mala fama.

AQUILIN.—¡No, señora!

CAT.—Y eso no es obstáculo para la amistad. Dicen, precisamente, que las malas reputaciones ganan mucho con el trato íntimo.

AQUILIN.—Si lo dicen...

CAT.—Ande, murmuraremos un poco.

ISAB.—Un poco, Aquilinito.

SAL.—¡Niñas!...

AQUILIN.—Yo no puedo contar de un buen amigo...

CAT.—¡Pero si las malas famas necesitan de los buenos murmuradores! Anímese, hombre.

AQUILIN.—De veras que no he visto nada extraordinario.

SAL.—Ya habrán dado ustedes pábulo a historietas y cancanes, porque usted y su papá, que es otro como usted...

AQUILIN.—Papá es muy alegre y muy divertido. Me acompaña a todas partes.

SAL.—O usted no va a ninguna parte, o su papá de usted va a demasiadas.

CAT.—Si te pones grave no nos cuenta nada.

SAL.—Eso quiero. ¿En Madrid ha tenido usted el honor de visitar a Narciso?

AQUILIN.—No, señora, no me llegó el tiempo para el honor... vamos, para ese.

SAL.—¿Ni le ha encontrado usted? El frecuente mucho los teatros.

AQUILIN.—Probablemente... Pero con las cortinas es tan difícil ver en los antepalcos...

CAT.—¡Mi primo Narciso!

AQUILIN.—No, no: fijese usted bien, Catalinita. Yo no he asegurado que estuviera: he dicho que detrás de las cortinas, vaya usted a saber quién estará...

ISAB.—Que es muy distinto.

AQUILIN.—Al que sí he visto y me preguntó por ustedes con muchísima insistencia fué al bobalicón aquél de Pepe Estrada.

ISAB.—¿Bobalicón?

AQUILIN.—¡Marcharse del pueblo porque Catalina le diera calabazas!... Si cuajase la moda, tendrían que preparar el baúl unos cuantos y yo entre ellos.

CAT.—Para usted no las hubo todavía.

AQUILIN.—Porque me las huelo.

SAL.—Dios le conserve a usted el olfato, Aquilinito.

AQUILIN.—Usted ha rechazado a todos los del pueblo. Hubo una temporada en que era de buen tono ser víctima de usted, y ya, últimamente, cuando sabíamos de alguno que la pretendía, se le daba la caritativa advertencia de que no escribiese su declaración; y para que no le quedase resquemor, llamábamos al mozo del casino: «Manuel, llégate al palacio de las Riófuertes y recoge las calabazas de don Fulano.»

CAT.—No sería mucho amor...

AQUILIN.—Es mucha la cosecha de usted... y la generosidad. Así es que yo no me lanzo en la aventura: guarda, Aquilino, que es podenco...

ESCENA XX

DICHOS. DON AQUILINO por el foro derecha

AQUIL.—¿Esta aquí?... ¡Aquí está, sí! Aquilinito...

AQUILIN.—Pero, papá... ¡Es un bochorno que andes siempre detrás de mí... No soy ningún bebé para perderme por las calles.

AQUIL.—Los que se pierden son mayorcitos... pero no se trata de eso. ¿Habrá nada más natural que la alegría de un padre viendo al hijo?...

CAT.—(*Burlona.*)—No sea usted ingrato...

AQUILIN.—(*Enfadado.*)—¡Mira, papá: tú me pones en evidencia... y eso no es querermel!

AQUIL.—(*Compungido.*)—A... qui... li... ni... to...

SAL.—Falta de cariño, no es...

ISAB.—Si acaso en usted, que le disgusta.

AQUILIN.—No estuvo bien dicho... ¿me perdonas?

AQUIL.—(*Gozoso.*)—¿Que si te perdono?... ¡Aquilinito!

AQUILIN.—(*Abrazándole.*)—¡Me dicen que no puedo soltar los andadores!...

AQUIL.—Desprécialos. Tú haces lo que te da la real gana.

AQUILIN.—No lo creen.

AQUIL.—¡Más prueba que hacerlo! Y si te acompaño alguna vez...

AQUILIN.—¡Siempre!

AQUIL.—Bueno, es porque soy tu amigo.

AQUILIN.—Y después me riñes.

AQUIL.—Porque soy tu padre. Pero delante de los extraños tu camarada, tu compañero.

SAL.—Que es usted un desagradecido.

AQUIL.—¿Este?... No. A ratos tiene un poco de genio; ¿pero quién no tiene genio a ratos?

CAT.—Usted.

AQUIL.—¿Yo solo?

SAL.—¿Conque en Madrid muy entretenidos?

AQUIL.—No señora... es decir, sí señora.

ISAB.—Con el humor de usted, a su lado no puede haber tristezas.

AQUIL.—Sí señora... es decir, no señora. A mi edad la gente suele ser tristonra, pero yo debo tener los pensamientos vestidos de Arlequín, y apenas me muevo se oyen los cascabeles.

CAT.—Usted hizo la vida al revés. De joven no era usted de los más asiduos a reuniones y bailes. Mamá dice que usted no iba usted nunca.

AQUIL.—Ahora es por acompañar al niño.

SAL.—¡Con buena disculpa ha tropezado usted para disfrazar sus correrías!

AQUIL.—¿Verdad?... Y no es que en la juventud fuese huraño. A mí me gustaron mucho las mujeres...

AQUILIN.—Y a mí, papá.

AQUIL.—Ya lo sé. Pero mejor que en tertulias o en paseos, he preferido verlas en sus casas.

AQUILIN.—Y yo, papá.

AQUIL.—Ya lo sé, hijo. Les encontraba mayor atractivo ataviadas modestamente. Una mujer escotada me pareció siempre como una fruta mordida.

CAPILLA ALFONSO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960 1925 MONTERREY, MEXICO

U. D. N. L.

AQUILIN.—Sí; den ganas de acabarla... antes que se pierda.

CAT.—Pues ahora juran y perjuran que no es usted tan melindroso.

AQUIL.—Ahora no... por el niño.

AQUILIN.—Gracias, papá. ¡Si me dejaras meter bazal...

AQUIL.—Ya me callo.

AQUILIN.—Pues aprovecho. Catalina, he venido para rogarle a usted que aceptara la presidencia de la rondalla.

CAT.—¿Al fin la organizan?

AQUILIN.—Ya estamos.

CAT.—Con mucho gusto.

AQUIL.—Es un entretenimiento admirable. ¡Nos vamos a divertir de lo lindo!

AQUILIN.—¿Cómo, papá? ¿Vas a venir con nosotros?

CAT.—¡No faltaba más!

SAL.—¿Una rondalla sin don Aquilinito? Imposible.

ISAB.—Ni pensarlo.

AQUILIN.—(*Espantado.*)—¡Papá!

AQUIL.—Esto me quitará de encima veinte años, o treinta años, o cuarenta años.

ISAB.—Pero, ¿usted cuántos tiene?

AQUIL.—¡Solo, más de sesenta; con el niño, menos de veintel!

AQUILIN.—¿Decididamente vienes?

AQUIL.—Decididamente.

AQUILIN.—¿De muchacho no tocabas tú el violín?

AQUIL.—(*Espantado.*)—¡Hijo!

ISAB.—Es una proposición muy razonable.

CAT.—¡A desenfundar el Paganini, don Aquilino!

AQUILIN.—Para venir con nosotros, sin que llame la atención tu presencia, has de ser uno de tantos.

AQUIL.—Juicio, juicio, Aquilinito...

AQUILIN.—Tú no quieres ir más que de niñera, para que todos se mofen de mí.

AQUIL.—Pero, hijo de mi alma, ¿no calculas que sería una irrisión y una chacota que yo vaya por las calles?... (*Haciendo ademán de tocar.*)

AQUILIN.—Pues quédate en casa.

AQUIL.—No, no...

AQUILIN.—Pues me quedo yo. Se ha terminado la diversión para mí.

AQUIL.—No lo tomes de ese modo... no te enfades... Si yo quiero que te distraigas honestamente. Sacaré el violín, Aquilinito, lo sacaré.

AQUILIN.—De venir, tú mismo te divertirás.

AQUIL.—¡Yo mismo me divertiré... clarol! ¡No se me había ocurrido... y con las noches frías, de helada, será un gran ejerciciol...

SAL.—(A Catalina.)—Este buen señor es un mamarracho.

CAT.—Y tanto. Le recrea estar en ridículo permanente.

AQUIL.—Podéis... podemos ensayar en casa.

AQUILIN.—No vayas a quedarte dormido.

AQUIL.—Si acaso, despiértame.

SAL.—Usted será el director.

AQUIL.—Sí, señora.

AQUILIN.—Es Rodrigo Costa.

AQUIL.—No, señora, es Rodrigo.

CAT.—¿Rodrigo?...

AQUIL.—Un pintor... que toca admirablemente la guitarra. Y no sé nada más de él como pintor.

AQUILIN.—Porque empieza su carrera, pero aquí ha pintado ya un retrato de Su Majestad el Rey, para colocarlo en el despacho de la alcaldía, que según los inteligentes es una preciosidad.

AQUIL.—Sí; una preciosidad de doce duros.

CAT.—Tampoco fueron muy espléndidos.

AQUIL.—No trabajó apenas.

SAL.—Un retrato...

AQUIL.—No. La cabeza solamente: el cuerpo ya lo tenían.

ISAB.—Es gente previsora.

AQUIL.—Aprovechada. Del otro rey había un retrato magnífico, y como el uniforme es igual, y un poco más bajo o más alto, lo mismo da, le borraron la cabeza al antiguo, se pintó la del nuevo...

CAT.—Muy bien.

AQUIL.—Ha quedado muy bien.

CAT.—Resultará el cuerpo desproporcionado.

AQUIL.—En los reyes lo esencial es la cabeza.

ISAB.—Y en los vasallos también.

AQUILIN.—(Despidiéndose.)—¿Puedo decir que admite usted la presidencia?

AQUIL.—¿Podemos decirlo?

AQUILIN.—Quédate si quieres.

(Mutis por el foro derecha.)

AQUIL.—Iré contigo un ratito.

CAT.—Procure afinar, ¿eh? don Aquilino.

AQUIL.—Sin andar en orquestas o en rondallas, si viera usted cuánto desafinan...

SAL.—¿Por quién va la indirecta?

AQUIL.—Por mí. Si la dijese por ustedes no me la creerían.

SAL.—Usted es un loco.

AQUIL.—Entonces debían creerla. Hasta otro ratito... ¡Aquilino! ¡Aquilino!... ¡no corras, Aquilinito!

(Mutis don Aquilino y Aquilinito por el foro derecha.)

ESCENA XXI

DICHOS menos los dos AQUILINOS

SAL.—Este viejo chiflado, disculpando con el hijo sus extravagancias, es ridículo.

ISAB.—Sí...

CAT.—Completamente.

ESCENA XXII

DICHOS y FILOMENA por la izquierda. BONIFACIO por la derecha

BON.—¡Doña Salomé! ¡Doña Salomé!

SAL.—¡Pero hombre, siempre alborotando!

BON.—¡Ahora es por la noticia!

CAT.—¿Qué ocurre?

BON.—¡Que por fin va a salir el pueblo en los papeles!

ISAB.—*(Mirando por la izquierda.)*—¿Alguna desgracia?

BON.—¡Claro! ¿Qué iba a pasar aquí si no?

SAL.—¿Y te alegras?

BON.—¡Claro! Bueno es que vaya sonando el pueblo en los periódicos para eso de la civilización.

SAL.—¡Bonifacio!

CAT.—¿Qué ha pasado?

BON.—En ese almacén de la esquina, que están metiéndole un piso más, se han venido abajo los andamios.

SAL.—No me sorprende: aquí estamos tan atrasados en materia de construcciones...

CAT.—¿Y ha matado a alguno?

CAT.—¡Sí señora! Ya telegrafiaron los periodistas ¡y urgente!

CAT.—¿Algún desdichado albañil?...

BON.—No; a un señorito. En eso los andamios de aquí están más adelantados que los de otros pueblos.

SAL.—¡Bonifacio!

CAT.—¿Y se sabe quien fué?

BON.—Sí, don Eduardo.

ISAB.—*(Horrorizada y dando un grito.)*—¡Ay!

SAL.—*(Corriendo a ella.)*—¿Qué tienes?

BON.—(*Deteniendo a Catalina.*)—¿No le dije a usted que yo averiguaba lo de doña Isabelita?... ¿Ve usted cómo le quiere?

CAT.—¿Es mentira?

BON.—No. Don Eduardo me ha dicho que fué un estudiante que estaba de vacaciones.

CAT.—¡No seas cafre, Bonifacio!

BON.—Después que lo averiguo...

SAL.—(*Acercándose.*)—Yo no sé de nadie más cafre que tú, Bonifacio.

BON.—Ya me lo ha dicho doña Catalina.

FIL.—(*Dándole un pellizco.*)—¡Bonifacio, eres muy cafre!

BON.—Ya me lo han dicho las señoritas, ya.

CAT.—Pues cuando todos lo dicen...

BON.—Tendré que serlo para no desairar.

CAT.—(*A Isabel.*)—No es nada...

ISAB.—(*Compungida.*)—¡Y si fueral...

FIL.—¡Mira lo que has hecho!

BON.—¡Pues mira tú que desconsolarse cuando acabo de decirle que está bueno y sano!... ¡Os daba de morradas a todas por chapuceras!

FIL.—¡Calla!

BON.—¡Que te descubro a ti también!... ¡Ya has visto qué disposición tengo!...

FIL.—¿A mí?

BON.—¿Qué te apuestas a que estás enamorada?

FIL.—¿De quién?

BON.—De un servidor.

FIL.—¡Limpiate!

BON.—Me limpiaré cuando haya motivo.

FIL.—Calla, calla.

ESCENA XXIII

DICHOS y EDUARDO por el foro

EDUAR.—Aquí está la nota de...

SAL.—(*Abrazándole.*)—¡Eduardito!

EDUAR.—(*Algo sorprendido.*)—Doña Salomé...

CAT.—(*Dándole la mano, muy afectuosa.*

Eduardo...

EDUAR.—(*Más sorprendido.*)—¡Catalina!

ISAB.—(*Yendo a él con la mano extendida.*)—

Eduardo...

(*Antes que él la estreche, da media vuelta y se echa a llorar desconsolada. Bonifacio se ríe sonoramente.*)

EDUAR.—¿Pero qué pasa?

FIL.—¡Calla!

CAT.—Que el gánapiro de Bonifacio nos ha contado la desgracia de ese estudiante como si le hubiera ocurrido a usted...

EDUAR.—Comprendo el susto... y agradezco el interés de ustedes: Pero Isabel... ¿por qué llora?

CAT.—¿Por qué llora una mujer?... Eso, amigo Eduardo, cuando los hombres tienen mucho afán por saberlo, se lo preguntan a la mujer misma.

EDUAR.—¿Es consejo?

CAT.—Es...

EDUAR.—Quizás algún día.

CAT.—*(Despreciativa.)*—¿Quizás? Entonces, no fué consejo, fué imprudencia.--*(Quitándole a la izquierda el papel de la mano.)*—Madre... la nota para la escritura: hace falta la cédula, el nombre del apoderado.

(Eduardo, inmóvil, sonríe: Salomé se acerca o Catalina y juntas leen la nota. Isabel, inmóvil y muy seria, mira a Eduardo y a Catalina. Bonifacio se pelea con Filomena.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día, por la tarde.

ESCENA PRIMERA

SALOMÉ, sentada en un gran sillón de cuero a la izquierda. CATALINA, escribe y hace cuentas, a la derecha. A la reja izquierda, sentada y cosiendo, FILOMENA.

SAL.—*(Rezando el rosario.)*—Mater inmaculata...

FIL.—*(Cosiendo siempre.)*—Ora pro nobis.

SAL.—Mater amabilis...

FIL.—Ora pro nobis.

SAL.—Mater admirabilis...

FIL.—Ora pro nobis.

CAT.—Están bien las cuentas, madre.

FIL.—*(Maquinalmente.)*—Ora pro nobis.

SAL.—¿Filomena?...

FIL.—Ora pro...

SAL.—¡Filomena! ¿En qué está usted pensando?

FIL.—En nada...